

Las armas del juicio. Los 120 años de *Nuestra América*

Luis Alvarenga

El artículo *Nuestra América* salió publicado por primera vez en *La Revista Ilustrada* de Nueva York, el 10 de enero de 1891. El 30 de enero de ese mismo año, apareció en *El Partido Liberal* de México. Hace poco, en una reunión de estudiosos de Martí, se conmemoraban, en la Universidad Intercultural de Chiapas, los 120 años de aparición de este trabajo, que parece haberse escrito hoy mismo, tan profundo es su análisis y su comprensión del nudo histórico de Latinoamérica.

En 1891, Martí está exiliado en Estados Unidos, tras haber vivido en el destierro en España, México y otros países latinoamericanos. Veámoslo más de cerca. Es un hombre de 38 años, cuya primera escuela intelectual la tuvo, de niño, con el maestro Mendive, y cuya primera escuela política, la primera enseñanza de lo que implicaba querer la independencia de Cuba fue la cárcel, siendo también prácticamente un niño, como lo relata en su testimonio *El presidio político en Cuba*. En el momento que estamos viendo, Martí es una figura política e intelectual importante, a la cual varios países latinoamericanos le confían su representación diplomática en Nueva York. Es un periodista agudo, que ve, en sus *Escenas norteamericanas*, tanto la grandeza cultural de un Whitman como lo inhumano de las condiciones laborales de los obreros y, aún más, un analista político, que diríamos ahora, logra ver, en los supuestos “hermanos mayores” del Norte y en su democracia, a la que se ve como ejemplar, logra ver, repito, la configuración de un poder imperial, algo así como el paso de la Roma republicana a la Roma de los Césares.

Algo más, un pequeño detalle biográfico: el día que aparece “Nuestra América”, José Martí todavía se está recuperando de un envenenamiento sufrido en Tampa el mes anterior.¹

Tres antecedentes inmediatos de *Nuestra América*: el primero, el texto periodístico titulado “Respeto a Nuestra América”, de 1883. El segundo, la revista para niños y jóvenes llamada *La edad de oro*, en cuya edición se embarca en 1889. El otro antecedente, más directo si se quiere, como lo señala Retamar, es el discurso “Madre América”, del 19 de diciembre del año mencionado.

En el escrito periodístico “Respeto a Nuestra América”, publicado en el periódico neoyorquino *La América*, en agosto de 1883, Martí señala que los pueblos latinoamericanos, tras las luchas por la independencia de España, comienzan a tomar su destino en sus propias manos y, por ende, a hacerse respetar ante el mundo. “Lo que acontece en la América Española no puede verse como un hecho aislado, sino como una enérgica, madura y casi simultánea decisión de entrar de una vez con brío en este magnífico concierto de pueblos triunfantes y trabajadores, en que empieza a parecer menos velado el cielo –y viles los ociosos. Se está en un alba, y como en los umbrales de una vida luminosa. Se esparce tal claridad por sobre la Tierra, que parece que van todos los hombres coronados de astros.”² Algo parecido a lo que vemos ahora. Los textos, cuentos, adaptaciones, etc., que hace Martí para *La edad de oro*, representan su apuesta para el futuro. Con una pedagogía respetuosa de la inteligencia de sus lectores, Martí inculca en ellos el sentido crítico de la

¹ “Cronología”, en la edición crítica de *Nuestra América*, de la Biblioteca Ayacucho, p. 443. Disponible en: http://www.alternativabolivariana.org/pdf/Nuestra_America.pdf

² “Respeto a Nuestra América”, en el portal del Centro de Estudios Martianos. Disponible en: <http://www.josemarti.cu/?q=obras&catobra=Art%C3%ADculos&catsubobra=Hispanoam%C3%A9rica&nid=2419>.

realidad y les señala, sin rodeos, los retos que tendrán que afrontar en la búsqueda de la libertad de sus pueblos.

En “Madre América”, discurso que pronuncia en una reunión de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, “en honor a los delegados a la Conferencia Internacional Americana de Washington.”³ En este discurso, el poeta cubano habla de los emigrantes de muchas nacionalidades que han llegado a los Estados Unidos, como siguen llegando hoy, por diversos motivos: “A unos nos ha echado aquí la tormenta; a otros, la leyenda; a otros, el comercio; a otros, la determinación de escribir, en una tierra que no es libre todavía, la última estrofa del poema de 1810; a otros les mandan vivir aquí, como su grato imperio, dos ojos azules”.⁴ Con todo eso, el hecho de pertenecer, no a la América del Norte, cuya gesta de independencia admira Martí, por cuanto “de lo más vehemente de la libertad nació en días apostólicos la América del Norte”, sino a la América Latina, a América La Pobre: “Pero por más grande que esta tierra sea, y por urgida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez”⁵

Esta opción por América Latina, cuyos orígenes dolorosos rememora Martí en las siguientes páginas de su discurso, es la opción por un continente “de orígenes confusos y manchados en sangre”⁶. Y Martí dice, contra las posturas racistas de Sarmiento, que nuestros pueblos han querido, desde “el primer criollo que le nace al español, el hijo de la Malinche [que] fue un rebelde”,

³ Ver nota al pie en “Madre América”, incluida en *Política de Nuestra América*, p. 44.

⁴ *Ibidem*, pp. 45-46.

⁵ *Ibidem*, p. 46.

⁶ *Ibidem*, p. 47.

redimir esa historia sangrienta y confusa: “¡Y todo ese veneno lo hemos trocado en savia!”, dice admirado. “Nunca, de tanta oposición y desdicha, nació un pueblo más precoz, más generoso, más firme. Sentina fuimos y crisol comenzamos a ser”.⁷ Nuestra América es la América que puede pasar, de ser sufridora y paciente de la historia, a ser protagonista de la misma, a subvertir la marcha de la historia, como diría Ellacuría.

Si en “Madre América” la idea de Nuestra América se perfila como una reivindicación de nuestra identidad frente a la de la América del Norte, en “Nuestra América”, se critica la visión de mundo enajenada que tienen las élites criollas, que son las que dirigen a nuestras repúblicas surgidas de las luchas de los Bicentenarios. Desde la estrechez de mente de estas élites: “Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal”, describe Martí, “sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos”.⁸

Es así como comienza “Nuestra América”, con una prosa que reúne el análisis riguroso de nuestra realidad con palabras que llaman a la acción, como aquellas, también memorables, que empezaban diciendo: “Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo...” “Nuestra América” es una convocatoria a luchar contra el imperialismo, no sólo con la “crítica de las armas”, sino también con “las armas de la crítica”, armas que no pueden sustituirse unas por otras, como ya lo advirtió el autor de la *Crítica de la filosofía del derecho de*

⁷ *Ibídem*, p. 49.

⁸ “Nuestra América”, en *ibídem*, p. 37.

Hegel. O en palabras de Martí: “Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra”.⁹

Una de tantas riquezas de “Nuestra América” está precisamente en lo anterior: la transformación de las conciencias, la transformación cultural, la transformación de las ideas es la armazón de los proyectos de revolución social. Porque puede haber cambios en la conducción política de una sociedad, puede haber cambios económicos, pero poco o nada se ha logrado si no se han transformado las ideas que predominan en la sociedad, el “sentido común” que decía Gramsci, que es más difícil de cambiar que otra cosa. El valor que Martí da a “las armas del juicio”, se explica por el poder transformador que estas pueden tener, unidas, por supuesto, a la praxis emancipadora de las sociedades.

En “Nuestra América”, Martí señala el peligro que entraña la ideología nacionalista. La construcción ideológica de las nacionalidades por parte de las élites criollas dominantes se da a partir de la exclusión y el desconocimiento del otro. Por eso, afirma: “Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos.”¹⁰ Y cuando habla de los peligros del nacionalismo, nuestro autor está señalando algo real: las guerras entre nuestros países que, a la larga, han beneficiado a las clases dominantes y a los poderes extranjeros. Dice: “Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del

⁹ *Ídem*.

¹⁰ *Ídem*.

hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano”.¹¹

¡Qué trabajo más hermoso, este de Martí, que en unas cuantas páginas tiene tanta enseñanza! Porque hay muchas cosas que quisiera decir de “Nuestra América” y no sé si alcanzará para tanto. Pues bien, insistiendo con esta idea de *las armas del juicio*, Martí señala que las élites gobernantes no han sabido estar a la altura de su posición. “En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno”.¹² El arte del gobierno sería el arte de organizar la sociedad a partir de sus características, en lugar de deslumbrarse con modelos importados. Las élites criollas son esos “sietemesinos” a los que se refiere el texto, puesto que “los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás”.¹³ Pero este mal no solamente es propio de las élites. Es un mal que se extiende a los intelectuales y a la sociedad en su conjunto.

A los intelectuales, porque José Martí está debatiendo con el texto *Civilización y barbarie*, de Sarmiento, en el que se afirma que la barbarie somos los americanos y la civilización son Estados Unidos y Europa y que lo mejor que podríamos hacer para civilizarnos es europeizarnos, llegando a exterminar a las poblaciones indígenas si es necesario, como ocurrió en Argentina en la llamada *Guerra contra el indio* y como ocurre aún entre nosotros, cuando

¹¹ *Ídem*.

¹² *Ibidem*, p. 39.

¹³ *Ibidem*, p. 37.

queremos eliminar al indio que somos. Cito: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”.¹⁴

El mal de la “nordomanía”, como le llama José Enrique Rodó, también se extiende a nuestras sociedades. Martí dice que esto convierte a nuestros pueblos en caricaturas de sí mismos: “Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España”.¹⁵

Y así como el poeta cubano denuncia el nacionalismo y la nordomanía, también hace lo propio con el racismo, ideología para justificar la situación social de Latinoamérica, su supuesto “atraso” con relación al “progreso” de los países capitalistas: “No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y color”.¹⁶

Aquí Martí habla, ni más ni menos, de la diversidad cultural y de las riquezas que entraña para nuestros países. Dice el poeta: “Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. ‘¿Cómo somos?’ se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son”.¹⁷ Para Ana Sánchez Collazo, directora del Centro de Estudios Martianos, esto es como responder a la pregunta anterior diciendo: “somos diferentes”. Y de ahí el desafío enorme de conocernos. Puesto que “ni el libro

¹⁴ *Ibidem*, p. 39.

¹⁵ *Ibidem*, p. 41.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 43-44.

¹⁷ *Ibidem*, p. 42.

europeo, ni el libro yanqui daban la clave del enigma hispanoamericano”.¹⁸ Esto implica la necesidad de hacer arte, filosofía, ciencia desde Latinoamérica. “Conocer es resolver. Conocer el país y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria”.¹⁹

¿Qué finalidad tiene embarcarse en el desafío de conocernos, de entender nuestras realidades? La busca de la felicidad de nuestros pueblos, ese “vivir bien” del que habla Aristóteles. Y de tener criterios para discernir las amenazas:

Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.²⁰

¹⁸ *Ídem*.

¹⁹ *Ibidem*, p. 40.

²⁰ *Ibidem*, p. 43.

En otras palabras, el peligro del expansionismo de Estados Unidos, como relevo del colonialismo español, residía (y sigue residiendo) en que actúa de una manera muy sutil. Sólo en momentos álgidos se muestra explícitamente. Pero las más de las veces suele esconderse de diversas formas. Martí está discutiendo acá con la ideología del *panamericanismo*, esto es, de una ideología que pretende la integración de Latinoamérica a la esfera de poder de Estados Unidos. Hoy se le llama libre comercio.

En suma, este texto tan lleno de reflexiones inquietantes y escrito de forma bella, nos reúne hoy, porque necesitamos de la palabra de Martí para ayudarnos a construir nuestra historia.